



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Interacción colonial en un pueblo de indios encomendados: el Chorro de Maíta, Cuba

Valcarcel Rojas, R.

Citation

Valcarcel Rojas, R. (2012, November 22). *Interacción colonial en un pueblo de indios encomendados: el Chorro de Maíta, Cuba*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/20153>

Version: Corrected Publisher's Version

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/20153>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/20153> holds various files of this Leiden University dissertation.

Author: Valcárcel Rojas, Roberto

Title: Interacción colonial en un pueblo de indios encomendados : El Chorro de Maíta, Cuba

Date: 2012-11-22

Capítulo 9. Sumario y conclusiones. Una nueva visión de El Chorro de Maíta

Este estudio genera una nueva visión de El Chorro de Maíta porque nace con una nueva perspectiva y nuevos intereses. Se planteó para entender el lugar de un modo diferente, para percibir el impacto de la interacción con los europeos en su conformación y para explicar esta interacción. Enfrenta la necesidad de reconocer la existencia indígena en tiempos coloniales, tanto en términos de vínculos con otros grupos socioculturales como de sostenimiento y transformación de sus modos de vida e identidad.

Los resultados obtenidos permiten considerar como aspecto definidor de la situación donde se articula la interacción, la presencia de dominación y, por tanto, su carácter eminentemente colonial. La valoración del tema de la dominación, así como el análisis del desempeño del indígena y de los procesos de transculturación y etnogénesis, donde la interacción se proyecta hacia la aparición de nuevas identidades y componentes etnoculturales -a partir de una mezcla transformadora a múltiples niveles-, ordenan conceptualmente el análisis.

Hoy sabemos que El Chorro de Maíta tiene una historia anterior a Colón de al menos 200 años. No obstante, en las décadas donde vivió bajo control hispano se generaron muchos de los contextos y elementos por los cuales es un lugar especial y hasta ahora único. Debe haber otros sitios similares en el Caribe, pero la posibilidad de rescatarlos, como ocurrió con El Chorro de Maíta, son lamentablemente pocas. Para llegar a esto partimos de la necesidad de dar cuerpo a la percepción de la interacción, recuperando sus circunstancias, su “situación”. Hay un gran trecho entre interacción en situación de contacto, término útil siempre y cuando se precise su sentido, e interacción en una situación colonial. La dominación de la parte europea sobre la indígena marca la diferencia (Gosden 2004; Silliman 2005). No sabemos cuán aplicable a otros espacios sea este modelo, pero a nuestro entender funciona para el caso de las Antillas Mayores. Permite comprender la radical diferencia entre un escenario donde los indígenas mantienen su autonomía y capacidad de decisión y negociación, desde su propia estructura social, a otro donde carecen de tal posibilidad y enfrentan la disgregación de su sociedad. Se les halla entonces en un plano de inferioridad y sujeción, sufriendo un control que afecta tanto su cotidianidad como su mundo espiritual, y donde la supervivencia y la continuidad se plantean -así lo exige el español- en el ajuste al entorno establecido por este, desde sus perspectivas económicas, sociales e ideológicas. Ambas situaciones son partes-momentos del proceso colonial y se interconectan dentro de una estrategia de dominación que alcanzará niveles continentales (Brading 1990). La presencia o ausencia de dominación (en sus múltiples formas y gradaciones), define y a la vez es elemento clave de las relaciones sociales y de producción; por tanto es determinante en la conformación de las circunstancias de interacción y sus resultados.

La imposición del sistema de encomiendas marca la concreción de la dominación y la presencia de una situación colonial en las Antillas Mayores. Por su importancia económica estructura la existencia de indígenas y europeos, y su posición en el entorno colonial (Mira Caballo 1997; Guitar 1998; Zavala 1973). La dominación transforma a los individuos en sujetos coloniales (Bonfill 1977), con roles específicos en el plano productivo y con obligaciones donde civilizarse, aproximarse a los esquemas de vida previstos, era meta. Esto suponía ser “indio”, cambiar lengua, apariencia, credo, identidad y colocarse en el bajo escalón asignado. Sin embargo, el indígena fue muchas cosas además de “indio”. El desempeño en el ambiente colonial, su capacidad como agente, de adoptar diversas posiciones a tono con intereses y circunstancias específicas, es una faceta importante para entender aspectos de la vida en este entorno. Resistencia, alianza o servicio, acatar pero de un modo conveniente a necesidades propias, conectar y mezclar creencias, fueron modos de persistir y vivir.

La existencia también supuso el cambio ante un escenario con diversos componentes étnicos y requerimientos de ajuste cultural e identitario. Se trata de un escenario transculturador pues no sólo se adquiría o perdía cultura, también se creaba nueva cultura y gente genética y espacialmente diferente

por sus ancestros múltiples y por su origen en un ambiente distinto al de los indígenas precolombinos, o a Europa y África. La transculturación (Ortiz 1983) es un concepto de integración, un macroproceso de enorme fluidez y movilidad -donde cabe hablar de sincretismo y etnogénesis-, vital para entender la construcción de esta nueva realidad cultural y humana.

Con tales objetivos y herramientas conceptuales iniciamos un acercamiento a la interacción en El Chorro de Maíta que es provisorio en ciertos aspectos, en tanto muchas facetas de la locación aún deben ser investigadas. Desde tal perspectiva hemos construido un punto para avanzar, pero un punto diferente. Ya El Chorro de Maíta no es una aldea con un gran cementerio indígena y ciertos objetos europeos, generados por una relación que se creyó débil y poco importante (Guarch Delmonte 1996; Valcárcel Rojas 1997). Es un pueblo indígena devenido escenario de un accionar colonial intenso, donde su gente fue transformada en fuerza de trabajo encomendada y se usó el lugar para establecer un cementerio; allí se entierran indígenas de diverso origen así como mestizos y un africano, refiriendo un panorama multicultural en el asentamiento o en espacios cercanos. Para llegar a esta visión partimos del punto creado tras el hallazgo del cementerio y el estudio inicial del sitio hace más de veinte años (Guarch Delmonte 1988, 1994, 1996; Rodríguez Arce 1992a). Se trata de la única huella disponible sobre contextos ahora desaparecidos, y por tanto documento clave para recomponer una imagen del lugar. El trabajo implicó la búsqueda y organización de información, en su mayoría inédita y muchas veces incompleta, usada para valorar la estructura y naturaleza de las áreas excavadas y como base para diseñar un nuevo reconocimiento del sitio. También se recopilaron los resultados de los estudios realizados (Guarch Delmonte 1996; Guarch Delmonte, Rodríguez Arce y Pedroso 1987; Rivero de la Calle et al. 1989; Rodríguez Arce 2003; Rodríguez Arce et al. 1995; Taylor 1990). Algunos sirvieron como elemento de partida para nuestros análisis, como es el caso de los datos de prácticas mortuorias (Rodríguez Arce 1992b), muchos no pudieron ser integrados a fondo por el modo de recuperar o procesar los datos, y otros debieron ser rectificadas, en especial temas como determinación del número mínimo de individuos, origen ancestral, e identificación de material asociado a los entierros.

Los trabajos de campo incluyeron un nuevo levantamiento topográfico del sitio, una completa prospección superficial y excavatoria, así como excavaciones en tres áreas diferentes. Se recuperaron 7421 evidencias de tipo cultural, abundantes restos de fauna, y muestras para estudios paleobotánicos, aún en análisis. Se precisó un área arqueológica de 34 448 m², 12 448 m² más que los 22 000 m² inicialmente estimados (Guarch Delmonte 1996). Se estudiaron 15437 piezas, la mayor parte de la colección cultural obtenida en los trabajos de 1986-1988 y hasta este momento no analizada, más otras 519 provenientes de las tumbas, sin incluir los objetos en los esqueletos. Se revisó todo el material colonial inicialmente identificado; de una colección de 56 fragmentos de cerámica reconocida en los primeros estudios (Pedroso 1992), ahora se ha investigado una colección de 600 piezas. La obtención de 17 nuevas dataciones, para un total de 18 fechas de las áreas no funerarias, permitió proponer una ocupación iniciada hacia el siglo XIII DC y vigente al momento del arribo hispano, extendida durante la primera mitad del siglo XVI y quizás a inicios de la segunda mitad de ese siglo.

La ocupación precontacto se caracteriza por su orientación doméstica, si bien no se han identificado las zonas residenciales, y se estructura a lo largo del sitio, sin impactar el Área de entierros. Esta última se relaciona por su lado este con zonas sin concentraciones residuales, detalle que -considerando su relativa centralidad- apunta a la presencia de una plaza definida desde antes de la interacción. Los estratos asociados al momento de interacción se encuentran en su mayoría alterados, por ello fue imposible -también en razón del pequeño tamaño de las excavaciones- una completa caracterización de funciones en estos. Tampoco se pudo lograr una comparación adecuada de comportamientos de los materiales indígenas respecto a momentos precontacto. En tales evidencias o en los patrones indígenas, no se observa una modificación particular a partir de la interacción.

El estudio muestra una importante presencia de fragmentos de cerámica europea. Esta se halla en diversas partes del sitio y sugiere un funcionamiento integrado de casi todo el espacio en momentos poscontacto. Incluyendo el material colectado en las tumbas pero no sobre los esqueletos, se reportan

605 objetos europeos (si sólo se menciona vidrio y metal analizado), de los cuales el 99.1 por ciento (600) son fragmentos de cerámica. Hay una clara orientación hacia el almacenamiento y transporte, la cual involucra incluso cerámicas no europeas pero importadas en medio del accionar colonial. Por su frecuencia no deben haber llegado al lugar a través de canales de intercambio o regalo, donde el indígena capta objetos exóticos. Si bien la ausencia de contextos conservados dificulta estimar su uso, su dispersión en el sitio sugiere la transformación en un desecho más. Una captación masiva de cerámica y un manejo donde se le da carácter de objeto cotidiano y descartable, debió ser implementada y sostenida por europeos o por individuos en directa relación con estos y acostumbrados a la cultura material hispana. Aparecen fragmentos de cerámicas México Pintado de Rojo y Azteca IV; por su cronología y origen estas piezas debieron llegar a Cuba como parte de los nexos económicos y de expansión colonial, existentes entre Las Antillas y México.

Desde los nuevos trabajos el universo material europeo se rebela pobre en medios domésticos, y sobre todo en herramientas y armas. La presencia española directa o de individuos ajustados al modo de vida europeo, debió ser limitada y se complementó con el uso de elementos indígenas. Existió un acceso indígena a la materialidad hispana pero de carácter reducido, con una proyección mínima en cuanto a copia de formas o manipulación de objetos. La materialidad colonial, incluyendo restos de cerdo (*Sus scrofa*), se concentra en espacios cercanos al cementerio. La cronología de la cerámica europea aporta un amplio rango, completado con un maravedí acuñado en la ceca de Santo Domingo entre 1542 y 1558, el cual apoya la definición temporal reconocida desde los fechados radiocarbónicos y permite ajustarla a un período que llega a fines de la primera mitad del siglo XVI o a inicios de la segunda mitad de ese siglo. Los rasgos de presencia del conjunto hispano y la cronología de la interacción en los contextos domésticos, apuntan a la inserción del lugar en un entorno colonial.

El estudio de los restos humanos y de sus materiales conformó el otro gran cuerpo de acciones investigativas y se implementó buscando la integración de datos. Toda la colección fue reanalizada, estableciéndose una nueva identificación de caracteres de sexo, edad y cantidad de individuos, base para otros exámenes de tipo dental, valoración de modificaciones craneanas y definición de origen territorial por isótopos de estroncio. Un estudio tafonómico que empleó estos datos y la información de recuperación de restos durante las excavaciones, marcó la construcción de una mirada diferente de la formación del cementerio y de las prácticas mortuorias. La identificación de los objetos hallados en los esqueletos, de amplio perfil arqueométrico, precisa en gran medida una materialidad de origen europeo o asociada a manejos coloniales, de enorme impacto para reinterpretar la cronología de los entierros y manejos de vida y muerte en los individuos.

El cementerio se muestra en una diversidad biológica y cultural hasta ahora no visualizada, evidenciándose su formación como producto de circunstancias históricas marcadas por la interacción con los europeos. La cantidad de individuos inhumados (133 en un total de 108 entierros) es mucho mayor a la inicialmente considerada. Aún cuando es un espacio dominado por la presencia de indígenas locales, se establece la no homogeneidad de la población mortuoria en términos de origen étnico y territorial. El análisis de isótopos de estroncio, apoyado en isótopos de carbono y oxígeno, identifica indígenas de diversas partes de Cuba y del Caribe y, en un caso, de Mesoamérica, así como un individuo del oeste de África. En el indígena mesoamericano aparecen modificaciones craneanas y dentales coincidentes con poblaciones del área maya, en Yucatán, y en el individuo africano el origen coincide con sus caracteres osteométricos. Se distinguen además, un mestizo con ancestros blanco e indígena, y otro con ancestros blanco y africano; ambos locales.

La identificación de los objetos fue rectificadora, estableciéndose materiales conectados con los europeos como coral, azabache, guanines, tela de lino, y *cabos de agujetas* en latón. Se precisan prácticas mortuorias en algunas de las cuales, como el entierro extendido, se confirma un origen cristiano. Cambios identitarios como el abandono de la modificación craneana y de prácticas mortuorias indígenas, se originan en las circunstancias de interacción colonial, también determinantes de la presencia de individuos inhumados vestidos. El accionar cristianizador parece concentrarse en

gente de élite y niños, según el reporte de objetos de carácter religioso y suntuario conectados con importación u origen colonial.

Un total de 22 fechados radiocarbónicos sobre muestras de 17 individuos, establecen la probabilidad de un amplio período de uso del cementerio, esencialmente poscontacto. La cronología de los materiales asociados a los entierros ayuda a enmarcar este en un momento que parece posterior a 1510, extendido a la primera mitad del siglo XVI y quizás a momentos iniciales de la segunda mitad de ese siglo. Más de un tercio de los individuos investigados (49 de 133) fueron inhumados con posterioridad al arribo europeo, siendo muy probable una cifra mayor. Fue imposible establecer una perspectiva diacrónica pues no se identificaron inhumaciones precontacto o momentos claros dentro del período de manejo del lugar, si bien pudiera haber cierta proyección tardía en las inhumaciones extendidas y de no locales, aunque no confirmada. En el cementerio se dieron de modo paralelo prácticas y aspectos vinculados a la situación de interacción, con prácticas de carácter indígena, aún cuando estas últimas son predominantes y aportan la imagen principal.

Un aspecto clave es la variabilidad de los aspectos demográficos y mortuorios en razón del origen local o no local de los individuos. Los no locales son en su mayoría hombres, algo más jóvenes que los locales. Ciertas prácticas mortuorias indígenas tienen en los no locales una representatividad menor y otras, como el manejo de ornamentos, no se dan. Las prácticas de origen hispano son, al contrario, más acentuadas. Desde esta perspectiva los locales pudieran pertenecer en gran parte a una misma unidad social, mientras que los no locales muestran orígenes diversos, difíciles de conciliar con circunstancias precolombinas y propios de un conglomerado de inmigrantes manejado desde perspectivas de movilidad y vida colonial.

La comparación de los datos de mortalidad del sitio con los de cementerios atricionales y contextos precolombinos antillanos, destaca el carácter atípico del nivel de mortalidad de niños entre 5-9 años, al parecer relacionado con una situación de muerte catastrófica. La existencia de indicios de muertes numerosas e inhumaciones continuadas en plazos breves, con desplazamiento de cuerpos en entierro reciente, sostiene la idea. Los entierros en posición boca abajo también pueden insertarse en este escenario en tanto incluyen, en su mayoría, niños del grupo 5-9 años. La cronología poscontacto de uno de los individuos removidos al poco tiempo de ser enterrado (No. 81), y de tres de los niños del grupo 5-9 años, relaciona dicho evento o tales eventos, con la situación de interacción con los españoles, y tanto con locales como no locales. Un evento catastrófico o situaciones de alta mortalidad son congruentes con ciertos ritmos de formación del contexto. De cualquier modo no son la única causa en tanto detalles de alteración de entierros descarnados, la cantidad de inhumaciones y la diversidad de sus manejos, así como aspectos cronológicos, precisan que el cementerio no se debe a un proceso único y a una formación breve.

La ausencia de cementerios en sitios agricultores ceramistas cubanos y en general en los contextos antillanos relacionados con cerámicas meillacoides, la abundancia de entierros poscontacto - probablemente aún más frecuentes-, la falta de indicios cronológicos claros de entierros precontacto, la incidencia de prácticas mortuorias de origen cristiano, y la presencia de elementos étnicos generados o asociados al accionar colonial, indican la conformación del cementerio de El Chorro de Maíta a partir de la interacción con los europeos. No puede descartarse sin embargo, la posible presencia, como elemento inicial, de una pequeña cantidad de entierros vinculados al asentamiento precontacto. La concentración de entierros, la continuidad en el uso del espacio y la cantidad de inhumaciones -considerando distintos datos es de al menos 156 individuos-, distinguen un cementerio dispuesto sobre una plaza precontacto y funcionando paralelo a la vida en el sitio. La integración de las informaciones de las zonas no funerarias y del cementerio, revela una fuerte congruencia temporal en momentos poscontacto. Materiales similares, tanto indígenas como europeos, se hallan en ambos espacios. Desde esta perspectiva y en razón del carácter local de gran parte de la población inhumada, se puede considerar el entierro de los pobladores del sitio, o de muchos de ellos, en el cementerio.

Para entender e interpretar la interacción como proceso con impacto en todo el lugar, se usó la información histórica y arqueológica disponible, estructurando la reflexión en torno a lo que hemos

considerado como aspectos claves de la situación colonial: la dominación, el indígena como actor social y el proceso de transculturación en sus diversas facetas. El aspecto básico de la dominación, indudablemente valioso pues es uno de los pocos casos donde se logra una percepción arqueológica al respecto -en la perspectiva de Deagan (2004) En Bas Saline responde a una circunstancia histórica parecida-, es la identificación del lugar como un pueblo de indios encomendados. La historia es clara sobre el carácter traumático de este escenario y su terrible costo humano y cultural, así como sobre su significado en términos de poder sobre el destino de la gente y construcción de una cotidianeidad colonial (Marrero 1993a:158-200; Mira Caballos 1997; Pérez de la Riva 1972).

La percepción de esto parte del análisis del comportamiento demográfico y de manejo de prácticas mortuorias en los locales y no locales, vistos en el panorama general de interacción. El predominio masculino de los no locales y su edad dista de lo reconocido en grupos de inmigrantes precontacto (Laffoon y Voss 2011:194) pero es compatible con población esclava (Deive 1995). Igual ocurre con la presencia de gente -una indígena mesoamericana y un africano-, tampoco reconocida en entornos antillanos precontacto. La coincidencia de esclavos con indígenas locales en el espacio mortuario, y en el contexto temporal identificado, apunta al carácter de encomendados de los últimos en tanto este fue el estatus mayormente dado a la población de la Isla. Por otro lado, los comportamientos de los locales, con marcado predominio femenino -algo no usual en ambientes mortuorios precontacto-, y cierta tendencia a pocos hombres en edades laborales, sugiere salida de población masculina a partir del requerimiento hispano. Los locales, muchos poscontacto, manejan con fuerza prácticas mortuorias tradicionales y símbolos de estatus, como indicio de derechos negados o restringidos entre los no locales. Se trata de una situación coherente con las supuestas capacidades o alternativas del indio como individuo encomendado pero legalmente libre.

El accionar de dominio alcanza la apariencia de la gente pues muchos individuos fueron inhumados vestidos y en los niños locales se distinguen casos de no uso de modificación craneana. No fue un nexo indiferenciado en tanto una mujer captó textiles valiosos, provenientes de los europeos, y dispuso de ornamentos quizás también entregados por estos. Por su conexión con las tradiciones suntuarias y simbólicas indígenas, los adornos de metal (*guanín*, oro) indudablemente marcan su alto estatus y también una relación particular y directa con los europeos. En este escenario se trata de manejos de interacción y control sobre la élite local, como posible recurso facilitador del gobierno de la mano de obra, y refiere la conservación de ciertos privilegios -seguramente muy pocos-, para ese deprimido estrato.

La espiritualidad también fue objeto de dominio. La posición extendida, de claro origen cristiano, aparece en varios individuos, tanto locales como no locales, y supone la sustitución de prácticas mortuorias indígenas. Al cementerio entran elementos vinculados con la religiosidad hispana, como los azabaches y, quizás el coral, impactando sobre todo a niños y también a la mujer de élite, grupos claves para dar sostenibilidad a la evangelización y conversión religiosa. En los niños el accionar cristiano posiblemente incluye el no uso de modificación craneana, ausente en un niño con azabache y coral, e indica una manipulación dirigida a modificar la esencia identitaria indígena. El mismo espacio de la muerte, poderoso símbolo cultural construido por siglos de presencia en aquel paisaje, ya no será una caverna donde se acumulan los huesos de los antepasados y las ofrendas para otra dimensión vivencial, o el bosque donde los cuerpos quedan insepultos³⁸, sino un lugar donde estos deben ser enterrados y concentrados como dicta el credo cristiano. El cementerio aún cuando no tiene un carácter formal representa la imposición de una manera diferente, de base cristiana, de manejar la muerte. Es un cementerio colonial y surge por las circunstancias de la mortalidad y la acción de dominio sobre la existencia y la espiritualidad indígena. Sin embargo, no parece haber un manejo sostenido por sacerdotes y si se dio debió ser puntual y limitado, con más incidencia en la cristianización de ciertos individuos que en el funcionamiento del cementerio.

³⁸ Según Las Casas (1875b: 400), en La Española muchas veces los moribundos eran abandonados en los montes. No hay datos similares para Cuba pero también pudo ocurrir. El dato arqueológico indica que en las cuevas mayormente no se enterraba, sino que se depositaban o arrojaban los cuerpos en su interior.

En este entorno se revela una cotidianeidad marcada por las difíciles condiciones de vida y alta mortalidad, por la separación y pérdida de miembros de la comunidad, y la caída de los ciclos de reproducción. Donde se les imponía una identidad y una religiosidad diferente, y se maniobraba para despojarlos de sus símbolos étnicos y culturales y eliminar sus prácticas tradicionales de vida y muerte, obligándolos a interactuar y pasar a otra existencia con gente muchas veces extraña. Se evidencia la creación y presencia de sujetos coloniales, “indios”, mestizos, negros; diferentes en sus bases pero comunes en su posición de dominados. Se hace muy difícil precisar en estas circunstancias, y según los datos cronológicos, la duración del cementerio, pues pudo incluir tanto entierros provenientes de episodios epidémicos como muertes en ritmos normales. Queda por otro lado la posibilidad, dada la presencia de no locales, de que incorporara gente de otros emplazamientos, con sus propios ritmos de mortalidad.

Aún cuando fue imposible una identificación histórica del sitio, los datos disponibles apoyan la visión del lugar como un pueblo de indios encomendados en tanto comunidades en esa condición existieron en zonas cercanas. Se trata de una aldea indígena cuya población, en gran parte, se mueve para cumplir asignaciones laborales hispanas (la *demora*), o quizás cumple estas en el lugar. El pueblo parece insertarse en un manejo colonial del extremo norte oriental, en territorios próximos o relacionados con la antigua provincia india de Bani. Potencialmente se integraban pueblos de indios como este y distintos enclaves hispanos (minas, estancias), donde se usa población encomendada y esclava, como ocurrió en diversas partes de Cuba. Esos pueblos pudieron tener otras funciones, además de ser residencia de una fuerza de trabajo local, no descartándose su empleo para concentrar población esclava o desarrollar determinadas actividades económicas, asociadas en especial a la producción de alimentos. En el caso de El Chorro de Maíta su control y funcionalización supone, en cierta medida, un reconocimiento a su importancia en la zona. Tal vez aprovecha remanentes de las estructuras de integración precolonial del área, dentro del proceso mayor de uso de la experiencia indígena en cuanto a ambiente, recursos y construcciones culturales de organización del paisaje. La proximidad a la costa pudo conectar tales enclaves con esquemas mayores de ordenamiento y desempeño colonial, quizás dentro de esferas de interacción de carácter panregional donde se movían bienes e individuos de áreas diversas. La presencia de cerámicas de México, y de otras cerámicas no locales, así como de una mujer mesoamericana, parecen ser expresión de ese proceso e ilustran la enorme escala de la actividad colonial y el importante papel en esta de los espacios antillanos.

El indígena no fue una víctima pasiva como dicta cierto discurso tradicionalista, demostró capacidad para proyectar su desempeño y maniobrar según sus intereses individuales o de grupo. El acto de entierro parece haber sido controlado en cierta medida por indígenas que mantuvieron el predominio de las prácticas mortuorias tradicionales, manejaron de modo poco formal las cristianas, o las conectaron con las indígenas de forma sincrética, en una posición ambivalente y estratégica, construyendo un cementerio no indígena pero tampoco realmente cristiano. La interacción muestra esta capacidad, pues el nexo donde se inserta la élite no necesariamente responde sólo a intereses europeos. Es también una opción para ciertos individuos, en especial aquellos próximos al cristianismo o ya cristianos. Son gente y grupos en una posición diferente pero que no dejan de manejar elementos indígenas importantes: son “indios” pero aún indígenas.

Hacia el interior de la comunidad se buscará la reorganización de la existencia ante la crisis, con una ampliación del protagonismo femenino, muy claro en estratos jerárquicos. Hasta donde dejan ver los datos de las áreas domésticas, hay un sostenimiento de la materialidad indígena, con baja incorporación de lo hispano y cierta continuidad. Como parte del nuevo panorama pudiera darse la incorporación de individuos de otras aldeas en calidad de *allegados*, y la presencia de mestizos con identidad indígena. Resulta claro que se intenta y logra en alguna medida, mantener la cohesión social y el funcionamiento comunitario. Potencialmente los diversos esquemas de interacción con los europeos y una capacidad de resistencia y ajuste generalmente no percibida, tienden a atenuar los efectos desintegradores de la encomienda y la dureza de la vida bajo dominio hispano, y permiten que El Chorro de Maíta no deje de ser un espacio indígena aún cuando se le convierte en escenario

colonial. La extensión temporal del uso colonial del sitio y el cementerio, descartan un colapso inmediato y señalan determinado éxito en lograr permanencia, aún cuando parezca sobrevenir una disgregación final.

En esta situación puede haber incidido también un esquema de dominio donde la influencia sobre la población es puntual y se ordena según intereses muy específicos. El lugar es fuente de mano de obra y sirve a ciertos sistemas de ordenamiento colonial de la región, pero los manejos de cristianización no parecen ser masivos y quizás la acción de construcción de sujetos coloniales es matizada por diversos factores. Tal panorama es consistente con la vida en entornos rurales, donde la práctica hispana pudo ser muy flexible (Guitar 2003) y más interesada en rendimientos económicos y funcionamiento efectivo de sus enclaves, que en cristianizar y civilizar indios.

El lugar muestra una naturaleza transformadora. Hay diversas identidades, algunas construidas por el ajuste al ambiente de vida colonial, “indios”, y otras por la mezcla étnica y cultural (mestizos, mulatos). Se trata de resultados de un proceso de etnogénesis del que emergen productos humanos y culturales nuevos, cuyas identidades tienden a ser múltiples por su posición intermedia como individuos étnica y culturalmente diferenciados. Algunas, como las de los mestizos y mulatos (as), son marcadas por la flexibilidad inherente a su base plural y equipadas para una realidad humana, territorial y cultural diferente a la de sus ancestros más lejanos, y en este sentido, criollas. La situación de etnogénesis, las peculiaridades sincréticas de algunos entierros, y la misma naturaleza intermedia del cementerio, como producto colonial donde se guardan y combinan tradiciones indígenas y cristianas, responden a un escenario de transculturación. Vemos como se adquieren, se pierden y se crean prácticas culturales, identidades, e incluso individuos nuevos. Se hallan aquí los momentos y procesos del concepto orticiano y también sus productos. La temporalidad de esta locación y su naturaleza, demuestran lo temprano del proceso y la activa participación del “indio”. La presencia africana también distingue este escenario y la fuerza de su diversidad humana y cultural.

Espacios similares debieron existir en otras partes de la Isla, conformando un panorama de imprescindible reconocimiento si se pretende completar una visión objetiva de la Cuba colonial temprana. En un ambiente no muy diferente se acogería décadas más tarde a la Virgen de la Caridad, futura patrona de Cuba (Peña et al. 2012), recibiendo su veneración primera de indios, negros y españoles asentados al margen de la dinámica urbana y dependientes de modos de vida muy cercanos a los del mundo precolonial. Se trata de contextos importantes en la formulación de una cultura múltiple y en el entremezclado étnico que marcará la futura conformación de lo cubano. En ellos el indio aparece con una fuerza, capacidad de ajuste, y sostenimiento de identidad, que la historia generalmente no percibe y que aquí recuperamos gracias a la arqueología.

9.1 Implicaciones del estudio y futuras direcciones de trabajo

La investigación revela la necesidad de enfoques amplios, multidisciplinarios y creativos, para abordar el estudio de la interacción en lugares como El Chorro de Maíta. El “indio” existe en el entorno colonial, más allá de los primeros momentos y más cerca en el tiempo de lo que creemos. Las dificultades para percibirlo están en relación a la ausencia de dichos enfoques y al predominio de prejuicios históricos, cada vez menos importantes pero en pie hasta tanto la arqueología no concrete su aporte al respecto. Para entender el entramado colonial, la encomienda, un sistema tan importante y extendido en espacios indígenas, debe ser recuperada. Su reflejo arqueológico esconde tanto la evidencia de la destrucción de la sociedad nativa como las soluciones de continuidad, según demuestra El Chorro de Maíta. Algo que pudiéramos llamar “la invisibilidad arqueológica de la encomienda”, es el resultado de esta perspectiva inadecuada, pero también de la tendencia a considerar la interacción en entornos indígenas como un suceso temprano o siempre breve. Es igualmente producto de la falta de un conocimiento detallado de la documentación histórica y de los aspectos de la vida colonial, la cual se ve como un gran compartimiento con rasgos inamovibles, junto al descubrimiento y la conquista, y no como un fenómeno complejo y necesitado de permanente contextualización espacial y temporal.

Las interacciones fueron altamente variables y dependientes de múltiples factores, y su comprensión arqueológica pasa por aproximarnos todo lo posible al entorno histórico. Hay otros lugares ignorados, estancias, corrales, los asientos de los hatos, un universo colonial no urbano donde el “indio” es actor principal; más allá de una invisibilidad de la encomienda, pues en muchos casos estos contextos son posteriores y concentran indios libres, hay toda una invisibilidad colonial del “indio” y de los restantes sujetos coloniales, viviendo y muriendo en las áreas periféricas de los pueblos y de la historia tradicional. Su expresión arqueológica con frecuencia no será muy diferente a la de un espacio precolombino, pues algunos fueron poblados indígenas transformados en fundaciones coloniales; El Chorro de Maíta nos alerta al respecto.

La percepción de la diversidad étnica es otra área clave, conectada con estos nuevos enfoques. Mestizos, africanos, indígenas de muchos lugares, se esconden en colecciones osteológicas vistas como típicamente indígenas y caribeñas. Hay una enorme diversidad en el mundo en reajuste debido al nexo con los europeos, tanto siguiendo sus propios esquemas de movilidad e integración, como aquellos impuestos por el español. El impacto del análisis bioarqueológico será revolucionador en este esfuerzo y alcanzará madurez cuando se cambie el modo de entender los contextos funerarios en sitios de interacción. Será clave para acceder a espacios de pluralidad humana y cultural enmascarados por la marginalidad de ciertos entornos o por las estrategias de homogenización del poder colonial. Esto permitirá llegar a percibir mejor otras formas de relación sociocultural, aquellas articuladas dentro del mundo de los dominados, no siempre signadas por su compatibilidad o por una postura única ante el poder hispano.

El reconocimiento de las situaciones donde se da la interacción y no simplemente de su existencia, debe guiar el diseño metodológico. Más que objetos europeos, cambio y continuidad, hay circunstancias históricas por percibir y explicar. De sociedades en contacto a sociedad, grupo o individuo dominado, pero viviendo y respondiendo a la dominación, y transformándose y creando nueva gente y cultura, subvirtiendo con su existencia el acto de poder colonial. Para llegar a este nivel la investigación de los contextos indígenas en circunstancias de interacción debe ganar un espacio propio en la reflexión arqueológica del área, como lo tiene en otros lugares. Será el único modo de lograr hacer de la arqueología un instrumento que de voz a los estratos marginales de un mundo sobre el cual se construyó el nuestro.

La investigación en El Chorro de Maíta demuestra la capacidad del estudio arqueológico no sólo para percibir la interacción en sitios aislados, sino para aproximarnos a estructuras de manejo colonial que logran nivel regional o quizás involucran diversas islas e incluso espacios no antillanos, refiriendo las nuevas redes de interacción donde se verá envuelto el Caribe como parte de su carácter de espacio abierto y multirelacionado, en pie desde tiempos precolombinos (Hofman et al. 2007; Rodríguez Ramos 2007). Es clave aquí el nexo con Mesoamérica, el temprano vínculo con las costas suramericanas desde Paria hasta el Istmo, con un núcleo clave en Cartagena de Indias, y la relación con La Florida. Los detalles de ese universo no son claros y muchas veces conforman una historia paralela, donde aflora el accionar esclavista, el contrabando, el flujo de población intentando hallar espacios de libertad, los nexos con los otros poderes europeos y el protagonismo de los estratos menos pudientes o definitivamente marginados (Angeles 1992; Deive 1995; Landers 1996; Moya Pons 1994; Whitehead 1996a, 1996b; Worth 2004). Se construyen aquí nuevas interacciones, identidades, individuos, modos de existencia, adscritos al dominio colonial o subvirtiéndolo.

Estudios en marcha en El Chorro de Maíta, derivados de esta disertación, serán claves en ese esfuerzo. Quedan por investigar a fondo los espacios no funerarios y ver el impacto de la interacción en las áreas residenciales y en el entorno del lugar, ahora más accesibles gracias a los trabajos de prospección realizados. Los análisis paleobotánicos se orientan en este sentido y darán acceso tanto a vegetales consumidos y cultivados, como al ambiente y sus recursos de flora, y a las transformaciones que pudo sufrir. Los fechados de los restos humanos, difíciles de manejar por la amplitud de las calibraciones y susceptibles de ajustes en razón de aspectos dietarios, podrán refinarse a partir de una calibración individual que considere isótopos de sulfuro, carbono y nitrógeno, en proyecto por Alex

Bayliss. Debe valorarse la posibilidad de cambios a nivel de tecnología en la producción cerámica y detalles de origen de las cerámicas -dada la potencial presencia de otros materiales indígenas no antillanos-, a partir de estudios de fabricación y manejo de fuentes de materias primas, a ejecutar en la Universidad de Leiden. Análisis de residuos de alimentos en cerámica, coordinados por Vernon James Knigh y en ejecución por Eleanora A. Reber, de University of North Carolina at Wilmington, nos acercarán al tema de la alimentación.

La ampliación del reconocimiento de la diversidad étnica, con exámenes de ADN en ejecución por el Dr. Hannes Schroeder (Centre for GeoGenetics, The Natural History Museum, University of Copenhagen), permitirá entender mejor la conformación y el desempeño identitario de la población colonial y en particular de los mestizos, grupo poco conocido pero de gran importancia en el sostenimiento de la herencia indígena. Debe completarse además, la transcripción de una extensa documentación obtenida en el Archivo General de Indias, con información clave sobre repartos de indios y ubicación de pueblos encomendados. Sin dudas hay mucho por hacer y El Chorro de Maíta ofrece una oportunidad excepcional en la compleja y necesaria tarea de recuperación, desde la arqueología, de una historia inclusiva y menos colonial, donde estén los de “abajo”, los poco importantes, la mayoría que nos hizo como somos.

